



Una supervivencia del inkanato durante la Colonia

Ni el transcurso del tiempo, ni la dureza del yugo de los dominadores, ni la tremenda persecución de los curas y doctri-
neros lograron extirpar en los indios el sentimiento de la na-
cionalidad, la noción del poderío y grandeza de su pueblo y
el culto a sus antepasados y de sus prácticas religiosas; y así,
nunca perdieron oportunidad para recordar y exteriorizar lo
uno y lo otro.

Era costumbre, durante la colonia, festejar con el mayor
fausto posible los acontecimientos reales. La proclamación de
un nuevo soberano, el nacimiento de un príncipe, el matrimo-
nio de un rey se celebraban en Lima con tal grandiosidad que
sólo es creíble leyendo las relaciones que de esas fiestas fueron
impresas. Tal aconteció cuando en esta tres veces coronada Ci-
udad de los Reyes se recibió, a principios de Diciembre de 1724,
la sorpresiva noticia de la abdicación del Rey Felipe V en fa-
vor de su hijo Luis y la exaltación de este príncipe al Trono es-
pañol con el nombre de Luis I. Noticia de tanto bulto causó
gran revuelo en la ciudad. Hallábase el Virrey Marqués de
Castelfuerte enfermo, pero esto no obstó para que inmediata-
mente convocase al Real Acuerdo, a fin de proceder, sin dila-

ciones, a los preparativos para la proclamación del nuevo rey. En su propio dormitorio, donde se hallaba todavía recluso, “padeciendo las resultas de vna erisipela, en que havía terminado prompta una calentura ardiente”, reunió el Virrey, al Cabildo, Audiencia y Tribunales y quedó resuelto que las fiestas *comenzasen* el 3 de Diciembre, y recalcamos el *comenzasen*, porque por lo regular eran diez semanas de ininterrumpido jolgorio y derroche de riqueza y ostentación. Jerónimo Fernández de Castro, en un libro impreso en Lima en 1725 con 139 páginas, bajo el título de *Eliseo Pervano. Solemnidades heroicas y festivas demostraciones de Jubilos, que se han logrado en la muy Noble y muy Leal Ciudad de los Reyes Lima, Cabeza de la América Austral, y Corte del Perú, en la Aclamación del Excelso Nombre Augusto, Catholico Monarcha de las Españas, y Emperador de la América Don Luis Primero*, nos hace completa y minuciosa descripción de la manera cómo Lima juró al nuevo rey. Principiaron las fiestas con un repique general de campanas, el 2 de diciembre, y en la noche hubo vistosos fuegos artificiales. El 3, a las 10 de la mañana hubo misa de gracias en la Catedral con asistencia del Virrey, Audiencia, Tribunales y Ayuntamiento de la ciudad, y siguió ejecutándose el nutrido programa con lucidas cabalgatas, vistas en “sólo Lima, en donde la riqueza es suma, los Espíritus obstentosamente bizarros, y la prohibición ninguna”. Hubo seis tardes de toros, y otras tantas noches de fuegos. La segunda noche la describe andaluzadamente así el autor: “Empezó el felice día en la noche del diez, anticipando el amanecer con las luces, y fuegos que en la Plaza mayor se quemaron, en anuncio de la alegría siguiente. Constaron de cinco Máquinas de tan ingeniosa inventiva que al encenderse, hubiera parecido se trasladavan a las orillas del Rímac los volcanes todos de los Andes, si, como fué grande el incendio, fuesse lo mismo la diversa variedad de estos primorosos movimientos, que el libre curso de aquellas llamas”. Un arco levantado frente a la Casa de Moneda, contenía una *Canción Real* y otros malos versos de D. Pedro de Peralta Barnuevo, autor también de una *Loa, para*

la comedia conque celebró la familia del Excmo. Sor. Marqués de Castel-fuerte, Virrey de estos Reynos la Assumpción a la Corona de España del Rey Nro. S. D. Luis I. que Dios guarde, en las fiestas Reales, que hicieron en esta Ciudad a tan glorioso Assumpto. El pavimento del lugar que ocupaba el arco era de "gruesas barras de plata", y desde uno de los balcones de la Real Casa, su director, el Conde de San Juan de Luriganchó, arrojó al pueblo abundante cantidad de medallas y monedas. Igual cosa hicieron desde sus casas la Marquesa de Villafuerte, el Conde del Castillejo, Correo Mayor de las Indias, el Arzobispo, los inquisidores y, finalmente, el Virrey.

Era costumbre establecida que después de las fiestas oficiales, cada gremio hacía una en determinado día, y de ahí el que las fiestas durasen hasta diez semanas. Demás está decir la competencia o *contrapunteo* entre los gremios para el mayor esplendor de la fiesta de cada uno de ellos. Naturalmente, los había ricos y pobres, sobresaliendo entre los primeros los mercaderes y los escribanos, que eran muchos, porque nada se hacía en aquellos tiempos sin la correspondiente escritura pública, como lo prueban los millares de voluminosos protocolos que se conservan en el Archivo Nacional.

A los indios también se les daba cabida en el programa de las fiestas, una vez que todos los gremios hubiesen hecho la suya. Los naturales, entonces procedían a organizar su fiesta, siempre con miras retrospectivas; siempre impregnadas en los recuerdos de su antigua patria, en su poderío y su grandeza. Eran un revivimiento del inkano y quizá una esperanza, algún día, de la reconquista de su libertad y de la reconstrucción del imperio. Este era quizá el motivo del derroche que hacían los indígenas al remorar su pasada grandeza.

Señalóse a los naturales para la organización de su fiesta los días 26, 27 y 28 de Enero y admira la faustuosidad con que la hicieron. Fué una supervivencia del inkano durante la Colonia. Desfilan ahí con la misma majestad y grandeza que en vida, todos los inkas, desde Manco Cápac hasta Huáscar,

pues a Atahualpa nunca lo consideraron como tal; van también, esplendorosamente el Chimú Cápac y su corte; Cuisman-cu, poderoso señor de Pachacámac, coyas, ñustas y altos dignatarios del Imperio. Veintiuna páginas de su libro dedica Fernández de Castro a relatar las *Fiestas de los Naturales*, y dado lo interesante de la relación y la rareza del libro que la contiene, hemos creído conveniente reproducirla en esta *Revista*.

Carlos A. Romero.

FIESTAS DE LOS NATVRALES

Los que no habían logrado las fiestas, que poco há executó la índica Nación de los Originarios Peruanos, crian que quanto publicaba de ellos la noticia, era de la clase de aquellas ponderaciones, que entre liçonja de los asumptos, y vanagloriosa jactancia de primeros inventores del portento, desmerecen el crédito que se debe solo a las verdades puras; mas bien presto desengañó a unos el tiempo, y dió a conocer la falta que hallaron en la misma fecundidad rethórica los otros, pues no pudieron pintar lo que en realidad pudo ser, porque aunque a las magníficas pompas de estos tres días se descuenta todo lo mucho que las ha añadido de ostentación, y de número el poderoso influxo de S. E. que por todos los medios imaginables los ha animado, aun quedan para lo que hubo de ser entonces, muy breves muy modestas todas sus expresiones; y permítaseme dezir convenía de tan docta, y elegante pluma, que haviendo sido en todo tan fértil, fecunda y superfluenta, solo pudo ser más que su incomparable facundia lo Regio, y sumptuoso, vistoso, y rico de tan magestuoso aparato debiendo persuadirme a que esto nace de no haver en la rethórica frases ni figuras que puedan expresar lo que apenas todo el entendimiento pudo percibir por las aplicadas, y atentas puertas de muchos sentidos, en que cada uno para gozar más se multiplicava.

Llegó pues el veynte y seis y habiendo sido objecto no poco divertido de la mañana las solicitudes de cada uno para no perder el lucido theatro de la tarde, costeano los asientos con las ansias, y expensas extraordinarias, a que instava el justo concepto de tal maravilla, a las quatro ocupando ya el balcón la persona de S. E. acompañado de la Real Audiencia, y Tribunal de Cuentas, entraron al despejo de la Plaza dos Alcaldes de los Naturales, vestidos a la Española con ricas mangas de tisúes sobre los vestidos negros, puestos con particular brío a cavallo, cuyos adornos eran ricos adhezcos bordados, y guarnecidos de oro, y plata: el séquito de Lacayos eran muy correspondiente a los personajes y a la función. Dieron buelta a la Plaza, y al finalizarla principió el segundo paseo, y despejo, que fué el de la Guardia destinada a S. E. formada de los mismos Naturales. Marcharon en dos filas de veynte y cinco hombres, en extremo bizarros, porque a más de ser un ante muy doble, y fino el uniforme con mangas anchas de finísimo encages, y delgados lienzo, ceñían todos vandas roxas y al a uniformidad de sombreros, y demás cabos acompañava el enlace de varias joyas, y cadenas con que se ilustravan. Precedía el Theniente con noble y costosa gala de color de violeta galonada de oro, y el cavallo precioso adhereso: seguíanle seis Lacayos, y uno de ellos llevaba un cavallo de respeto, con cubierta de tela, pagiza, y galones; al fin de la tropa, salió su Capitán con rico vestido de terciopelo azul, y oro, joyas en pecho y sombrero, en quien todo el borde era una galante continuación de ancho cintillo de diamantes. Servíanle de adorno, y obsequió otros seis lacayos, y dos palafreneros que llevaban dos cavallos de respeto con cubierta de terciopelo. Tomó la compañía la mediación de la Plaza; y partiendo desde allí derechamente al balcón de S. E. hizo las acostumbradas reverencias que repitió en el de el Excmo. Señor Arzobispo, y habiendo pasado después a formarse en medio, se dividieron en pelotones destinados a contener en los tablad, y sus arrimos al innumerable concurso. Retiróse el Capitan, y quedando la Compañía en armas debaxo del balcon de S. E.

en el lugar que en las demás funciones ocupaba la de los Alabarderos, empezó a sentirse el gustoso alternado ruido de los clarines, y caxas, y el de las Arpas, Laudes, Flautas, y otros instrumentos de la danza que antecedió festiva a la heroica tropa. Pareció luego en la Plaza, un coro compuesto de diez personas, cuyos trajes eran camisetas de tela de plata color de perla, y varios matices, a quien dava mayor lucimiento la nevada copia de inmensos encages, que al canto de galones, y dentellas de oro, guarnecían así estos trajes, como los calzones y mangas; las piernas venían desnudas, y a los pies solo defendía el adorno de la Ojota, especie muy semejante a la Abarca Castellana. Sobre el juego de el pie, en la rodilla y ombros, llevaban como todos los demás que representaban próceres, y nobles de los Monarcas Incas las *Pumas* de oro, que es cierta plancha, en que se figura la cabeza de un León: en las diestras esgrimían macanas de oro, arma muy parecida a la hacha de armas, de no mayor porte que media vara: al rededor de la cabeza, llevaban una pequeña faxa, a quien adornaban a la parte de la frente el Sol, y a las espaldas la Luna, insignias de nobleza en la Corte del Soberano que fué de los Valles de Truxillo, Chicama, y sus contornos, *Chimo Cápac*. Con este aparato procedían danzando incesantemente, ya adelantándose, ya deteniéndose y en llegando a cierto término del tañido, formaban unos acometimientos y desvíos con las doradas macanas, tan propios que sino lo desmintiera el buen orden, compasado movimiento, y armonía sonora, pudiera recelarse resucitada la bárbara crueldad de los Romanos Gladiadores; pero aquí era todo tan festivo y alegre, y gustoso, que nunca dexó la aprehensión que llegasen a ser sustos los amagos.

A esta heroica contradanza seguía un músico coro de quatro Damas de la Corte de aquel Príncipe a quien llamaban *Elustas*; (*ñustas*) su traje interior era el Anaco, especie de túnicas, que, cubriendo desde la garganta al pie, se dexa ceñir en la cintura, sin que el poco ancho suyo le permita hazer algún pliegue: desde los hombros pendía un paño cuadrado, que cubriendo toda la espalda, se sujeta en los hombros con punzones

gruesos de plata, a que llaman *Topos*, cuyo extremo haze una patena al modo de las que adornan en sus rústicas fiestas a nuestras Aldeanas. Las mantas, y anacos eran de finísimo *Cumbi*, tela, que, constando solo de la delicada lana de Vicuñas, imita, y en muchas⁸ excede, las sutilezas, texidos, labores y suavidad de las más acendradas sedas, guarneciendo uno y otro de anchos galones, y encajes de oro, a quien siempre adornaban los más primorosos de Flandes: la cabeza no tenía más aliño que unas fajas, o cintas de rica tela de oro y plata en imitación de sus antiguas binchas; en los pies traían *llanquis*, o abarcas, y todo guarnecido con cintas de varios colores. Con este traje y con seriedad notable venían en acorde Coro cantando en el idioma nativo varios motetes en alabanza del Rey Nuestro Señor, y aplauso de la solemnidad festiva debida al zelo de su Exc.

.Al lado opuesto las acompañava igual tropa de Gentiles Hombres, diferenciándose de los demás del séquito en las mantas que llevavan sobre las ricas, y vistosas camisetas, porque estas especies de capas iban terciadas del hombro a la cintura, cuya distinción las haze llamar de los Naturales Llaculleas (*llacollas*) su profundo silencio era baxo continuo al acorde quatro de las Llustas, (*ñustas*) y su paso y parte al compás largo, y grave dé su música.

Presidía este coro una bella Matrona, que representaba la Reyna o *Colla* cuyo traje la distinguía de las otras en el ornato y riqueza, y en el manto que se dilatava en más sobresaliente forma, y materia hasta el suelo: sus manos ocupaba las ofrendas de un Loro o Papagayo, hermosa viviente Esmeralda, y un ramillete de varias flores, fragante joya de inistables vegetativas Piedras cogido en ayroso ademán con un lienzo de finísimos encages, obstando las dos más estimables dádivas de sus Antiguas Ceremonias.

Mezclábanse a su arbitrio entre éste y el antecedente Coro dos personajes que imitavan a hombre y muger, Adivinos de aquella ciega Gentilidad, para con quien la diformidad era recomendación que acreditaba lo divino quando se imitava (como aseguran) a los provecos en sus sacras dignidades de Sacerdo-

tes, y Agoreros: devían sus contrahechas personas excitar más presto el desprecio o la risa que la veneración: en verdad que muy de otra suerte lo comprendía la Gentilidad Griega y Romana, pues juzgando como decía el Philósopho, recomendación de la naturaleza el buen talle, creían ser gratísima liberalidad de los Dioses la hermosura.

Desfilava después en dos alas la Guardia del Príncipe compuesta de dies y seis soldados cuyas armas imitaban siendo plata su materia la forma de nuestras alabardas: su librea era la usada camiseta de algodón tejido en paño, todos de un color, aunque con extraordinaria variedad en los matices de flores, Pájaros, y Plantas, con rara propiedad imitados. Guarnecían todos los extremos de el exquisito trage muchos galones de oro, y inmensa copia de encages, en quien Flandes y París, esmeraron sus delicadezas, y dibujos, las cavezas se adornaban de la rica usada faja en quien un Sol de Oro, que ocupava la frente, servía de cláusula a las estrellas que se texían en todo el contorno, y a los pies, sin encubrirlos, defendía y adornava la *ojota* o *Ulanqui* que se le sugetavan con vistosos lazos de varios colores.

En medio de esta tropa venía el gran *Taunupa*, Embaxador e intérprete de los Incas (a) montado en un generoso cavallo con costoso aderezo bordado en oro; su trage era hermosa unco, o camiseta de tela celeste y oro, guarnecida de encages, y galones muy primorosos, y en los hombros pendiente la rica manta de tisú de oro sobre color de rosa a que acompañaba la regia *Muzeta* o *Sype* Imperial, en que a las vistosas plumas de colores varios de que en lo antiguo se formavan imitaron aora las cintas plegadas, que en galante armonía hacía ventaja con el artificio a aquellas naturales galas: enmedio del pecho resplandecía en bruñidos rayos un Sol, cuyo centro ocupava transparente hermosa Piedra roxa cuya magnitud sola la desmentía Rubí encendido; coronaba sus sienes el *Llanto* real, en que expresándose el Diadema o insignia de soberanía, y en la izquier-

(a) Representavale D. Valentin Niño Ilalli Xeefuncumpi y Falempinciam, noble natural de los Valles de Lambayeque.

da pendiendo una borda carmesí, conocida de los nuestros con este nombre, y de los naturales con el de *Mascapaiccha*, insignia que ya en medio como en los Monorchas, o sobre la sien como en los que gozaban de la sangre Real, fué estimable Carácter de la fundación del Imperio de los Incas; a un lado, y otro pendían las orejeras, o Pacos de oro, insignia del Orden de Cavallería, en que solo se armaban los primeros señores de la Corte: en medio de la frente luzía una cabeza de León de Oro sobre que se tremolaban tres ayrones del mismo, sirviendo de remate a la de en medio una Estrella a cuyas puntas acompañaban a un lado y otro dos altas plumas de colores puestas ayrosamente.

Los hombros, rodillas y pies, se adornaban de las doradas *Pumas*, y obstantándose la pierna desnuda, por más que parecía encubrirle un ancho flueco negro que pendía del calzón llamado *saxsa*, calzava solo la ojuta usada, y espuela de Oro, de cuya pretiosa materia eran los brazaletes que con diamantes adornaban sus desnudos brazos: el *llauto*, *unco* y *manta* se salpicaban de muchas y muy preciosas joyas, y la mano sostenía el *Champi* o Cetro Real, cuya figura era una pequeña hasta que remataba en florón y punta al modo de nuestras antiguas partesanas: dava fin a este acompañamiento el de seis Pages que cerca del estribo le servían y en quien sobre el adorno de Camiseta de vistoso raso, y costosa guarnición de puntas se veía lucir terciada a la espalda de cada uno las òlechas de damasco le Nápoles, dorado y rojo prevenidas alfombras para el caso de bajar al suelo aquel Príncipe.

Llegó pues habiendo dado vuelta a la Plaza a ponerse enfrente de el Sitial de Su Exc. y excitando con bisarro despejo el valiente cavallo, en bien formadas chazas se fué acercando hasta lo más inmediato: Allí haciendo todo los instrumentos pausa, y el bridón tres reverencias expresó en breve, y concéptuoso Poema, su nombre y su embaxada que se redujo a tomar el beneplácito de Su Exc. para que saliesen a solemnizar la regia aclamación, los Emperadores *Incas* en señal del rendido vassallage que le prestaban, a cuyo fin sacó del seno un cordón de seda, que en nudos ya repetidos, ya complicados expresava, co

mo en carta credencial este concepto mismo imitando el modo de Caracterizar, o escribir sus expresiones los antiguos vasallos de aquellos Grandes Monarchas el cordón era conocido con el nombre de *Quipo*, que corresponde a enumeración o quenta. Recibió pues el orden que solicitava repitiendo sus reverencias, volvió a ocupar el sitio en que venía, y continuando el paseo, llegó a la puerta principal de Palacio, donde esperavan ya formadas las comitivas de aquellos Príncipes.

Fué el primero que siguiendo al Gran *Taunupa*, salió a la Plaza, el último de los Emperadores de esta América, (*) *Guáscar Inca* por otro nombre *Inti Cusi Huallpa*, precedíale toda la comitiva que llevó el Embaxador, y la dilatada del *Chimo Cápac* Soberano de los Valles de Truxillo que venía a su lado, y después de ella se veía un bizarro corpulento Garzón, que en una hasta a modo de alta Pica llevaba el excudo de Armas concedido por nuestro Emperador Carlos V. a los descendientes de este *Inca* que son en la derecha o cuartel Principal las Armas de Castilla y León, y en el segundo lugar en campo azul, un Tigre andante entre árboles a cuyos lados se pintan dos Sierpes que reciben en sus bocas las puntas de un Iris; coronado todo del *Ullauto* y *Mascapaiccha* Imperial, y en otro cuartel dos Toisones de Oro. Representava este joven a *Chuquis Manco* Señor que fué de los Valles de Luna Guaná, Capitán de la Guardia del *Inca* que constava este día de veinte y quatro orejones llamados así los Grandes de la Corte, que servían en este Ministerio, siendo el de la última confianza por su lealtad y valor.

Vestían todos camisetas o *uncos* de varios colores texidos en primorosos *Cumbis* de que eran también las mantas, teniendo todas el ya quasi vulgar adorno de Oro, y Plata con multitud de encajes riquísimos de hilo, curioso adorno en todas partes, y más estimable, aquí por la distancia que les sube Excesivamente los precios. Ceñíales la frente su *Ullauto* Leonado, tejido de lana de Vicuñas que cerrava en la frente la *poma* de Oro: al cuello ostentaban vistosos *Zipes* de colores y en las

(*) Nótese que no cuenta a Atahualpa.

orejas sus pacos de Oro sin que faltase a alguno el rico aparato de muchas joyas y cadenas de gran precio, en las manos llevaban un champi, o arma a modo de una Estrella sobre una asta, y rematado en otra pieza llena de agudas puntas imitando la clava que pintan a Hércules.

Aumentaban esta comitiva interpolados veinte y quatro pares vestidos de no menos vistoso cumbi, encajes y cintas, y seguíanle luego otros ocho no menos primorosamente adornados que antecedían al *Inca*. Venía éste, acompañándole a caballo a la diestra *Atum Apo-cuis Mango* (*) Señor de Pachacámac, y el Gran *Taunupa* a la izquierda del *Chimo Cápac*, tan ricamente adornados de Tisús puntas, joyas y alhajas, sobresalientes que bien fué precisa toda la ostentación de *Guáscar* para distinguir su Soberanía.

Venía éste vestido de rica, camiseta de *Cumbi* roxo, bordada de oro, de primoroso dibujo realzes, y matizes, guarnecida de ancha franja de plata, la manta era de Tisú de plata, con las mismas ricas, y nobles guarniciones, zipe de plumas de varios colores desde la rodilla le encubría la pierna desnuda, (como la trían todos), su ancho flueco negro, o *fava*. Sobre el *Zipe*, campeaba hermoso collar de joyas, cuyo remate era un Sol, que bibrava reflexos de preciosos diamantes en lugar de rayos de vivas luzes. *Pomas* de oro, en ombros, pies y rodillas; en el cabeza su *Llauto* negro, guarnecido de perlas, y diamantes, y en lugar de *Hunancha*, (**) un Aguila de Oro, sobre que se levantaban dos culebras, de cuyas enroscadas caudas nacían tres flores, que coronaban el Iris, divisa conocida de estos Soberanos. Ostentaba en la diestra el Dorado *Champi*, diferente en poco de los que ya dexamos expresados. Montaba un cavallo vayo, en quien sobre la natural gala de su robusto y bien formado cuerpo, luzía el riquísimo, y costoso aderezo de primorosos realzes de oro, y plata, hevillages, y estrivos dorados, formando de todas estas sobresalientes galas, un excelente todo de perfecciones, que lisongearan con su hermosura la vista, y exercitaban con la novedad la

(*) El gran señor.

(**) Huincha?

admiración. Seguíanle el gran Justicia de el Reyno. *Yncap rantin rimac*, el Protector del Pueblo *Runa Yanapac*, (yanayoc). El Secretario de Estado. *Yncap quipocnin* el gran Chronista, *Quipo camayo*, y el Gran Capitán de la Guardia inmediata a la persona *Acolla Tupa*, cuyas galas correspondientes en la forma, y materia, a la de su soberano; se proporcionavan también en la riqueza a la dignidad de sus empleos.

A este Ynca seguía el Duodézimo, en orden *Guaina cápac*, formavan su cortejo; lo primero una danza de ocho hombres vestidos, con poca diferencia como los antecedentes, que al compás que les davan los agrestes instrumentos, tamboril, y Flauta, executavan difíciles bueltas, y intrincados primorosos lazos. Seguía luego la Guardia de doze grandes, que imitavan en todo a los que asistían al *Guáscar*. Inmediatos al cavallo, iban seis pages, vistosamente adornados, y dava complemento a todo lo lucido en este séquito, la persona del Ynca, cuya camiseta, y manta de rico tisú, y las demás insignias, no menos adornadas de diamantes, y perlas, y cadenas de oro, que se vieron en el antecedente: hacían se mezclase entre el gusto con que se dexaban ver tan hermosos objetos, el miedo de que faltase para los otros lo que tan de sobra estava en éstos.

Empezó a sacar de este susto a la aprehensión, la riqueza que obstantava el que representó al Ynca siguiente, Undézimo en el orden *Topac Ynca Yupanqui*, que sobre el rico tisú anteado de que le formava el *Vnco*, y *Manta*, ofrecía a los ojos la misma riqueza. Componía su séquito repetida la danza de ocho, igual a las que se havían visto, y la guardia de diez y seis cavalleros, no menos rica y costosamente vestidos que la de los otros Reyes, que continuavan así.

Ynca Yupanqui, llevaba la misma comitiva de danzarines, y soldados, igualmente, adornados, numerosos y ricos.

Pachacutec Ynca Yupanqui, nono en el orden venía precedido de una danza de *Llustas*, (ñustas) o Damas de la Corte, primorosamente vestidas, en quien competían igualmente armoniosos los lazos del Coro, y compasadas las voces de la melodía, y a más de la Guardia de sus soldados, traía crecido acompaña-

miento de Cortesanos y pages. Llevava otra especie de criados que servían de allanar los caminos en aquel tiempo, y aora de donosos objectos de la risa, por sus contraechas figuras y joco sos visages, movimientos.

Viracocha Octavo Ynca, excedía en el número de los Cávalleros, que componía su Guardia, y igualava a todos en la riqueza de su aparato, y luzimiento de su Corte.

Yahuarhuacac, traía delante una tropa de instrumentos músicos de su tiempo, marinos Caracoles, ciertas flautas, a quier llaman *quenaquenas*, (cuya música tiene más de lúgubre que de apasible), varios tanbores, a que hiaza (*sic*) con trabajo uno de tan disforme magnitud, que apenas lo podían sostener dos hombres, y otras especies a cuyo compás danzaban ocho gentiles hombres de la Corte, con ayrosos y medidos movimientos. Llevava también sus diez y seis soldados de guardia, a quienes comandava su Capitán *Apo Camac*, de la Sangre Real que sobre elevada hasta exponía el Escudo de Armas de este Príncipe.

Seguiale *Ynca Rocá*, Sexto Inca, a cuya magestuosa autoridad, realzava el acompañamiento de la danza de doze hombres, en quienes la gala y riqueza en vestidos, y joyas, pareció hacer el último exfuerzo, y que aspiravan a excederlos los veinte Cavalleros, que le hazían Guardia. Seguían a el Príncipe quatro pages no menos costosamente adornados, que todos los demás.

Vióse después *Cápac Yupanqui*, imitando la magnificencia de los que le precedían. Su danza se formava de Damas de la Corte, y su Guardia de diez y seis Grandes a quien comandava su Capitán *Alquichua*, que llevaba en la Pica el *Pulcanca* o Escudo de Armas de este Ynca.

Signióle *Maíta Capac*, semejante en todo su séquito y aparato a el antecedente.

Esto mismo se vió en el que representava a *Lloque Yupanqui*, Inca tercero, pues la danza que le precedía y Guardia que le acompañava igualava en el número y el lucimiento a las que ya se havían visto.

Sinchi Roca, Segundo entre los Yncas venía luciendo no menor riqueza en su Persona, ni menos aparato en su séquito.

Precedía a todos con Magestuosa Autoridad el primero de los Yncas Manco Cápac, fundador de este vastísimo Imperio, y que edificó la célebre Ciudad del Cuzco donde al Sol (de quien se mintió hijo como de Júpiter el Magno Alexandro) erigió Templo el más sumptuoso. Brillaban en su Persona los Rayos de aquel Planeta multiplicados en innumerables Diamantes, y sus más preciosas producciones texidas en vistosos tisúes de oro, y Plata de que se componían el *unco*, y la *manta*, no siendo menos costoso el equipage del Cavallo. Correspondían esta grandeza los Guardias, que heran veinte Cavalleros de la Sangre Real, armados y vestidos como los antecedentes. La danza se formava de ocho meninos en cuya pequeñez se hazía admirable el compasado movimiento, y igualdad prodigiosa, con que davan cada paso. Yntroducíanse libremente por todo el séquito varios Personajes de mal formadas figuras que tocando variedad de instrumentos y afectando quitar los tropiezos al camino eran Davos mudos de la seria escena.

Fueron dando buelta a la Plaza todas las luzidísimas comitivas, y al llegar al balcón de S. E. hazían alto las Guardias: Las danzas executavan sus últimas agilidades, y los que representavan a los Monarchas, llegavan a la cercanía posible donde hazían sus reverencias, y pronunciando alegres, y obsequiosos (después de algún breve Poema) *Viva el gran Ynca DON LUIS PRIMERO* esparcían al ayre y a la Plebe copia de monedas de Plata, acción que repetía delante del Balcón de el Excelentísimo Señor Arzobispo, y de los Tribunales de Inquisición y Cruzada.

Si hubiesen de expresarse por menor la gala, la riqueza, lo extraordinario, y lo vistoso de tan plausible paseo llegaría, lo que aspira a ser solo relación a dilatados volúmenes, pues cada personage, aún de los del ínfimo orden, necesitaría uno aparte para su bosquejo, así como sería preciso para describir por menor las luces, la magnitud, la forma, y los influxos, de cada uno de los Astros; pero baste decir sin la menor exageración

que aún que el Príncipe de mayor magnificencia, riqueza y número de vasallos, quisiese ver en la Europa, excedida esta pompa; le sería impracticable, lo que a milagros del respecto de el Amor, y la Obediencia, creyó no ser mucho una Nación, cuya mayor riqueza, consta de lo que alcanzan sus diarios sudores, siendo digno de la mayor admiración en que en estos pobres Naturales se aya logrado este desempeño, y el de los dos siguientes días con tan admirable esplendidez, y tan incomparable, ostentación de riquezas, costeándose solo a sus expensas todo, sin más instímulos que la actividad, y vigilancia de D. Melchor de Peña y Lillo, su corregidor.

CAÑAS, Y ALCANCÍAS, DE LOS NATURALES, Y FIESTA
DE TOROS DEL SEGUNDO DÍA.

Lograda con tanto gusto la primera tarde, justamente se esperaba el mismo lleno de diversiones en la segunda, a que contribuyó alegre la mañana, en que se hizo el encierro de los toros, pues habiéndose corrido seis tan bravos, que hazían olvidar las fierezas que Xarama produce, se vieron executadas por los de a pie, y de a cavallo a admirables suertes con agilidad, arrojo y destreza. A las tres de la tarde entraron en la Plaza los Alcaldes de los Naturales con la misma gala, que se habían dejado ver el día antes, a quien siguió la Compañía de Alabarderos de la misma Nación, precedida de su Theniente Don Phelipe Caxo, Cazique de Muchumi, con rico vestido de grana galonado de plata, chupa de tisú, ricos encaxes, ayrosas plumas, y preciosos diamantes en el pecho, y sombrero. Seguíanle ocho lacayos con rica y costosa librea, llevando uno de ellos un cavallo de mano con bella cubierta de terciopelo carmesí. El Capitán Don Francisco Estevan Montes sacó un rico vestido de púrpura con ostentosa guarnición de puntas de España, y el mismo adorno de joyas, y séquito de Lacayos, que fué admiración en el primer día.

Despejada la Plaza, y tomado de la Guardia el puesto correspondiente, entraron por los quatro ángulos doze parejas de a dos montados, que divididos, después de bizarro paseo, en

Comparsas de a seis, quedaron ocupando los quatro puestos que havían de mantener toda la tarde. Fué la primera quadrilla de Españoles, cuyos serio traje se hermozeava son los riquísimos tiques, y fluecos de que eran las mangas; y los sombreros, y pechos con preciosimas joyas. La segunda fue de Franceses con su conocida divisa azul, y oro. La tercera imitó Persas, con nevada copia de encagès en turbantes, y vestidos, entre que se mezclavan varias joyas de mucho valor y hermosura. La ultima imito las desnudezes Americanas, mal vestidas, pero bien adornadas de toneletes, muzetas, o *Zipes* de plumas de varios colores, sobre que luzía multitud de preciosos diamantes, y cadenas de oro, que texidas con innumerables hilos de perlas, sostenían los dorados Carcaxes, que eran más adorno que susto sobre la espalda. Resonaron los marciales ecos de clarines, y parches y empezóse el alegre Juego de las Cañas, que en intrincados lazos, y bueltas, tenían suspensa, y admirada la curiosidad, A que siguió con el mismo succeso, el de las Alcanceías, en que venzieron el imposible de excederse a sí mismos. Concluyóse uno, y otro, a tiempo proporcionado de poderse correr algunos toros; y así, haviendo salido de la Plaza los del juego, y quedado solos quatro de cada Nación uno, se vieron executados primores singulares de el empeño, y la destreza, que admiraron, y divirtieron, sin más azar que la brevedad con que se experimentó llegar la noche.

TERCERO DÍA. MÁSCARA REAL, Y CARRO TRIUMPHAL DE
LOS MISMOS NATURALES.

Pareció que se havían agotado, ya no solo las facultades de la Nación Peruana, sino los caudales de los discursos, porque se creía que lo que se havía visto, era a quanto podían llegar con unos y otras: más, como el Artífice de los proyectos era el Amor, executava como Deidad milagros. Amaneció el día 27 y hallando ya los ánimos prevenidos de la Spectación al último plausible asombro, se hizo la salva al innumerable concurso con el alegre bullicioso encierro de los toros, en que se lograron todas las diversiones, que en los días antecedentes, dexando para, los

posibles intervalos de la tarde algunos tan ferozes, que aseguraban los mayores empeños a la osadía; pero sacó a todos de este cuidado la ambiciosa curiosidad, con que, hydrópico de maravillas, solo se destinava el Theatro a las que esperaba en la última Máscara Real, de los Naturales, que al fin ocupó la tarde toda.

A las tres, executado el despejo en la misma forma que se participó en los dos anteriores días, entraron en la Plaza los treze *Yncas*, que en el primero fueron objecto plausible de todos los sentidos, para repetirse oy asombro prodigioso de lo que parecía impracticable. Augmentaron todos sus committivas numerosamente en Soldados, danzas y criados, de su séquito; pues el *Ynca Guáscar* compuso su acompañamiento de más de cien hombres, por que a más de la danza, y guardias, que pasavan de sesenta, se siguieron veynte, que en sus hombros traían sobre cierto asiento a modo de nuestras andas, a la Reyna o *Coya* Principal. Era la silla toda de bruñida plata, de cuya materia se levantavan a un lado y a otro dos pilares que sostenían una hermosa concha que formava cúpula al bello Trono. Representábase la Reyna en una agraciada niña, que vestida en la forma que acostubrava esta Nación, hazía más rico el tisú de que constava el *anaco*, y la *Uiclla*, o manta femenil, con las innumerables joyas, y perlas, de que se adornava toda. Seguía inmediatamente el *Inca* a cavallo, acompañado de los mismos que le hizieron corte el primer día; y separávale del numeroso Pueblo la portátil valla que le formava una gran cadena, que sostenida en manos de diez y ocho pages, infundía respeto con la idea, y admiración con la forma por que era tan vivamente imitada en ella la que el Padre de este Emperador, hizo en su Nacimiento (de donde le conjeturan el nombre) y venera oy misterio la codicia en la célebre Laguna de Chucuito, que pudiera acaso quietar las solicitudes y los deseos de tantos como en vano la buscan.

Detrás de sí llevaba la *Tiana*, o Asiento Imperial que entonces fué, y aora se imitava, un hermoso tablón de oro, sobre que descansava una Silla de la misma materia con almohada, y

asiento de terciopelo carmesí, con galones, fluecos, y borlas de oro. Seguíanla doze soldados, que la servían de adorno y de custodia.

Siguieronse todos los demás Reyes por su orden, como se habían visto en el día antecedente con asombrosos excesos en la gala, y la comitiva; no habiendo sido la primera acción más que un índice, muy succinto de lo que había de ser la segunda, y así se vió que sobre haver doblado el número de los Personages, sacaron algunos otras extraordinarias grandezas, pues el que representó a *Biracocha Inca* siguieron doze Azémilas con ricos paramentos cargados de Barras de Plata, y el que hizo el papel de *Yahuarhuacac* las llevaba de oro, sobre cierta especie de Camellos pequeños, que sin tanta deformidad en la figura como los Africanos, y Asiáticos, son conocidos en este País con el nombre propio de *Llamas*, y con alguna impropiedad con el de *Carneros de la Tierra*.

Cerrava todo el acompañamiento la obstentosa máquina de un carro, cuya admirable forma era la de una Nave, imitación de la célebre que conduxo a el Puerto de Tumbes a los treze primeros Conquistadores del Perú. Sentava sobre su cobés el célebre globo tachonado de Estrellas, como dando a entender que aquella dichosa Nave había traído a estas regiones todo el Cielo, facilitándosele a sus Moradores con la entrada de nuestra Católica Religión: su Alcázar ocupava un Personage, que vestido de marciales arneses, sobre que brillava hermosa copia de diamantes, representava con seriedad heroica al admirable Marqués de los Charcas Don Francisco Pizarro, primer Descubridor y Conquistador de el Perú. El Castillo de Proa se veía ocupado de bellas Ninfas, que representavan las Teologales, y Cardinales Virtudes a quienes acompañavan las partes del Mundo, el Amor y la Fama, texiendo entre todas así que llegó el Carro al balcón de Su Exc. una elegante discreta, y armoniosa Loa en elogio de la Magestad que se venerava representada por un hermoso Garzón, que sentado en el Augusto Trono que se formava de pilastras, cerchones, cúpula de plata sobre el celeste Glovo, obstentava inmensas riquezas en gala y joyas, que

le acercan todo lo posible a ser algún modo representación digna de la Soberanía de Nuestro Monarca.

Fenecida la Loa, se condujo el carro con toda la comitiva al rededor de la Plaza, sirviéndole de decoroso plausible ornato, el séquito de las quadrillas que habían corrido, las Cañas el día antecedente, y aora formavan un cuerpo de Guardia estreitamente noble y vistoso.

No cabe dentro de los términos de la explicación tan hermoso theatro como el de la Plaza de Lima, en este día. Estavan los ojos en continua atenta observación de tanto milagro, y aún no se persuadía el entendimiento al modo de haver practicado con felicidad juntas tantas maravillas; pero que no harán el Amor, el Celo, y la Lealtad, si conspiran a los últimos desempeños de la fineza, y qué no hallará practicable el deseo, si vió posible lo que Lima experimentó aquella tarde? cuyo logro fué tan completo, que justamente puede engreirse con el timbre de la más gloriosa corona de las populares aclamaciones y públicos festejos desta Ciudad.
